

LA LECTURA EN NUESTRAS FABRICAS DE TABACO.

EN 1861 don Nicolás Azcárate, Presidente del *Liceo de Guanabacoa*, organizó un brillante movimiento cultural, desfilando por la tribuna de la institución, en actos sucesivos, los más distinguidos hombres de letras de aquella época. El propio Azcárate, en una de las conferencias que hubo de pronunciar, y recordando la costumbre seguida en algunas órdenes religiosas, donde uno de sus miembros lee en alta voz, mientras el resto de la comunidad almuerza o cena, insinuó la idea de que algo semejante se hiciera en las cárceles, como medio de entretenimiento e instrucción para los reclusos.

Poco después fué llevada a la práctica dicha idea entre los presos reclusos en las dos galeras que existían en el Arsenal del Apostadero de la Habana, situado donde hoy está la Estación Terminal. Reunidos todos los presos en una de dichas galeras al terminar los trabajos del día, se encargaba uno de ellos de leer en alta voz por espacio de media hora.

Muchos de aquellos presos eran cigarreros. Los cigarrillos se hacían entonces exclusivamente a mano, elaborándose gran cantidad en las prisiones. Los visitantes de aquellos reclusos divulgaron pronto entre los obreros de la misma industria que trabajaban en la ciudad la noticia de la lectura en las galeras.

Saturnino Martínez, un obrero de amplia cultura y fuerte voluntad, trabajaba como tabaquero en la fábrica de *Partagás*, situada entonces en Industria y Barcelona, donde hoy se halla el Hotel *La América*, y fué quien concibió el propósito de implantar también la lectura en los talleres de tabaquería, pero no al terminar la jornada diaria, sino precisamente durante las horas de trabajo. Este obrero, a quien se atribuye también la organización de una huelga entre los operarios de *H. de Cabañas y Carbajal* en 1866, primera de que hay noticia en la industria, tuvo clara visión de que el procedimiento de la lectura serviría para elevar el nivel moral e intelectual de sus compañeros y propender a la unificación de la clase. Comenzó por fundar un periódico denominado *La Aurora*, asociándose al efecto a otros dos obreros tabaqueros nombra-



2

dos Agustín Mariscal y Francisco Teodoro Acosta. Este periódico, cuyo primer número fué publicado en 22 de Octubre de 1865, y que era un semanario, habría de tener a su cargo la propaganda en favor de la lectura en las tabaquerías, que, como hubo de preverlo Martínez, tropezó con grandísimas dificultades en un principio.

La Aurora tuvo un gran éxito como órgano defensor de la clase obrera, y en sus columnas aparecían trabajos de literatos y poetas como Joaquín Lorenzo Luaces, José Fornaris, Antonio Ma. y Manuel Sellén, Fernando Urzais, Alfredo Torroella, José de Jesús Márquez y otros. Entre las campañas y conquistas de *La Aurora* figuran la incitación a los obreros a organizarse en gremios y a acudir a los centros de enseñanza y a las bibliotecas públicas; el establecimiento de sociedades de artesanos, la habilitación de nuevas horas de lectura en la biblioteca de la *Sociedad Económica de Amigos del País*, inclusive por la noche, a fin de que los trabajadores pudieran concurrir a ella; su cooperación a la apertura de la *Escuela para Artesanos*, inaugurada el 15 de Febrero de 1866 en San Rafael número 106; y, desde luego, la implantación de la lectura en las tabaquerías.

La primera fábrica que aceptó la novel institución fué *El Fígaro*, de Don José Castillo y Suárez, sita por aquel entonces en la esquina de Sitios y Angeles y fundada en 1840 por Don Julián Rivas.

Los trescientos tabaqueros que trabajaban en dicha fábrica designaron a uno de ellos como lector, conviniendo en contribuir con una pequeña cuota cada cual para recaudar el jornal que aquél dejara de percibir mientras leía. Esta lectura en *El Fígaro* fué inaugurada el 21 de Diciembre de 1865.

Inmediatamente quisieron los operarios de otras fábricas establecer también la lectura, pero tropezaron con la oposición casi general de los dueños. En el número doce de *La Aurora* publicó Agustín Mariscal las siguientes líneas:

“No sabemos por qué algunos dueños de fábricas prohíben entre sus obreros tan laudable idea (la lec-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

tura), porque lejos de serles perjudicial, establece el orden en los talleres, y el artesano se consagra con doble aplicación al desempeño de sus tareas, participando al propio tiempo de la instrucción que le proporciona la lectura y de algún aumento en sus jornales, pues trabajando en silencio sabido es que se aventaja más."

Esta oposición de los dueños de fábricas sirvió más bien de incentivo a lo que era ya una fuerte aspiración de mejoramiento en los obreros tabaqueros. El propietario de la fábrica de *Partagás*, Don Jaime Partagás, no hizo causa común con los opositores de la lectura, y permitió el establecimiento de la misma en sus talleres con fecha 9 de enero de 1866. Alentó más bien a los tabaqueros en sus propósitos y sólo puso por condición que fueran sometidas a su previa censura las obras que habrían de leerse. Asistió a la inauguración de la lectura el citado día 9 de Enero de 1866, y ofreció levantar en punto céntrico del local una especie de tribuna para el lector, a fin de que todos pudieran oírle mejor. La obra que empezó a leerse aquel día se titulaba *Las Luchas del Siglo*. Poco después, el 22 del propio mes y año, visitaron los talleres de *Partagás* el Secretario de Estado de los Estados Unidos, Mr. William H. Seward, y su hijo, F. W. Seward, que se hallaban de excursión en Cuba. Llegaron estos señores a la fábrica en los precisos momentos de la lectura. Era una obra de Manuel Fernández y González titulada *El Rey del Mundo*. En medio del absoluto silencio del taller la voz del lector se escuchaba claramente. Mr. Seward observó atentamente e hizo un signo de aprobación. Ninguno de los distinguidos visitantes extranjeros de *Partagás* por aquellos días dejó de hacer los más favorables comentarios respecto a la lectura, cuya popularidad iba en aumento. El Conde de Pozos Dulces le dedicó un encomiástico artículo en *El Siglo*, uno de los diarios más importantes de la época, edición correspondiente al 25 de Enero de 1866. La Musa popular compuso también no pocas décimas en honor de la lectura.

El día 3 de Febrero siguiente quedó terminada y fué inaugurada en el taller de *Partagás* la tribuna ofrecida por el dueño de la fábrica, quien pronunció una breve oración al hacer entrega de ella a los operarios, uno de los cuales le contestó después con un sentido discurso.

Pero muy distinta fué la actitud de los dueños de fábricas. El propietario de la denominada *El Designio*, por ejemplo, decía: "Los talleres son para trabajar, y no para leer. Las tribunas queden para los Liceos, no para las fábricas de tabacos".

Negábanse también a conceder permiso para leer en sus talleres los dueños de *Cabañas*, *Henry Clay* y *La Intimidación*, señores Anselmo González del Valle, Julián Alvarez y Antonino Caruncho.

En la campaña contra esta absurda oposición se distinguían notablemente los artículos de *La Aurora*; pero no faltaba tampoco una labor de prensa en favor de los opositores. Esta última estuvo a cargo, principalmente, del celebrado caricaturista español Víctor Patricio, director del famoso periódico satírico titulado *Don Junípero*. En este semanario, ediciones corres-



H

pondientes a los días 6 y 13 de mayo de 1866, y bajo el título genérico de "La Lectura en los Talleres", vieron la luz ocho caricaturas de Landaluce para ridiculizar la institución.

No obstante, poco a poco fueron vencidos los obstáculos, y a mediados del año 1866 ya las principales tabaquerías de la Habana y pueblos cercanos contaban con su correspondiente lector; pero la lucha, aunque corta, fué muy intensa y llena de peripecias, haciéndose extensiva al terreno político con el argumento de que esas lecturas eran un medio apropiado para difundir las prédicas revolucionarias contra el dominio de España que produjeron la primera guerra por la independencia de Cuba en 1868.

El primer lector de tabaquería de cuyo nombre hay constancia fué Nicolás F. de Rosas, que leía en la fábrica de Don Severiano Aquino en Guanabacoa, y lo hacía sin retribución alguna.

Tales son los orígenes de la lectura en las fábricas de tabacos, trasplantada de las galeras de la cárcel. Los opositores de la institución aducían también en contra de ella que era impropio asemejar los talleres de tabaquería a las galeras de una prisión; y los tabaqueros, en un rasgo de buen humor, comenzaron a denominar con ese mismo nombre de galeras a los salones en donde trabajaban. Hoy todo el mundo los llama así, reconociendo acaso su origen irónico.

Al presente la lectura en las fábricas de tabacos es una institución generalizada y fuertemente arraigada, al extremo de que no hay un solo taller de tabaquería que carezca de su lector; habiéndose extendido también la costumbre a los de escogida de la hoja y a los de despalillo. (Ultimamente alterna con el lector en todos ellos un receptor de radio, por el que se ofrece a los obreros conferencias, noticias, canto y música).

Con ligeras variantes, el sistema establecido es el siguiente:

El lector es designado por los operarios de cada fábrica, y mediante votación, después de haber puesto a prueba a varios aspirantes. Hay cuatro turnos diarios de lectura, dos por la mañana y dos por la tarde, durando tres cuartos de hora cada uno. Tres de estos turnos se dedican a los periódicos del día, y el restante a la lectura de una novela u otra obra cualquiera que proponga algún operario y acepten los demás.

La retribución del lector depende del mayor o menor número de operarios en su taller, pues se recauda entre éstos, que contribuyen a ese fin, con quince o veinte centavos cada uno de su paga semanal.

Para hacer dicha recaudación, entregarla al lector y atender a todo lo relacionado con la lectura, hay lo que se llama el *Presidente de la Lectura*, que es un obrero designado también al efecto por sus compañeros.

Como dato pintoresco, y para terminar, citaremos la costumbre generalizada entre los tabaqueros de golpear sus mesas con la *chaveta* para protestar contra una lectura que les desagrada. Si la protesta de uno o varios así expresada es bien acogida por el resto, el ruido se generaliza y el lector tiene que suspender esa determinada lectura y pasar a otra.

Habano, dic 1940

